CULTURA

Foto Oscar Bonilla

Con Linda Kohen

"Pintar justifica mis días"

"Algo de su personalidad, de su calma voz, de sus pausas se vuelca en estos lienzos y cartones. Pero también mucho de su escondida melancolía y de las múltiples pérdidas irreparables que supone una existencia vivida intensamente." Así nos expresábamos al contacto con su obra hace ya un lustro. Hoy volvemos a charlar con Linda Kohen (Milán, 1924) y a escuchar su voz con ese lejano acento que delata su procedencia italiana. La actual exposición, titulada "Sola", en el Museo Nacional de Artes Visuales, supone el reconocimiento nacional a una trayectoria artística que la ha paseado por los principales museos y galerías de América.

Pablo Thiago Rocca

Madre de dos hijos, abuela de seis nietos, bisabuela de cinco niños (*"y uno más viene en camino"*), la producción de Linda no se agota en la pintura, pero es ésta la que hilvana con rigor y maestría su derrotero cosmopolita, como habitante de Milán, Montevideo, Buenos Aires y San Pablo. Conversar con Linda Kohen es una experiencia que concilia la lucidez con la cordialidad. Ella es su pintura, y su pintura refleja a conciencia su cultura y su vida: son las "horas del día" y las "soledades" compartidas.

—¿Cómo surge el vínculo con el mundo de la pintura?

—Es algo que casi no puedo distinguir, el no pintar. Mi padre pintaba muy bien. No era un pintor profesional pero su pintura era de primer orden y era muy amante de las artes. Era un gran tenor de ópera, cantaba arias con una gracia… era fantástico. El me inició, porque en mi casa siempre se vio pintura. Me llevaba los domingos a las iglesias o a los museos en una ciudad como Milán, que se presta mucho para eso. Mi padre me mostraba cómo le gustaba, me ayudaba a ver. Pero ya en 1938 empezaron las leyes raciales.

—¿Provienen de una familia judía religiosa?

—Nosotros somos judíos italianos. No recordamos otra cosa que Italia, desde innumerables generaciones. Hay judíos italianos que están allí desde antes de Roma. Nuestra familia es de origen sefardí, habrán venido de España. Siempre festejamos el Año Nuevo, el Día del Perdón y Pascuas, y allí se terminaba todo. No éramos religiosos. Pero éramos judíos. Y en ese momento las leyes se pusieron duras. Con decirte que no podíamos ir más a la escuela, al liceo. Entonces se creó un liceo sólo para judíos, con director judío, profesores judíos… porque nadie podía hacer cosas para los judíos, desde tener personal doméstico, hasta enseñar. Mi hermano Mario, quien luego sería esposo de la pintora Eva Olivetti, no podía seguir la facultad, entonces mi padre lo mandó a Suiza, al final se recibió de ingeniero en Uruguay.

—Intuyeron lo que vendría.

—No. Bueno, desde la primera ley racista mi padre dijo: 'Yo, ciudadano de segunda categoría en mi país, no me quedo'. Y como había tenido una experiencia laboral previa en Argentina, consiguió visas y en setiembre de 1939 nos fuimos con toda la familia, incluidos mis abuelos maternos.

—Tu madre estaba de acuerdo.

—De acuerdo totalmente. De nuestra familia sólo dos señoras, una tía que casi no conocí y su hija, se quedaron. La señora, muy mayor, dijo "Qué me van a hacer a mí que soy tan vieja". La hija se quedó junto a ella para cuidarla. Murieron en un campo de concentración.

—¿La familia tenía un buen pasar económico?

—Vivíamos muy bien. No nos imaginábamos todo lo que iba a suceder. Había unas leyes que no aceptamos. Nos embarcamos con todo, como para quedarnos. Nos fuimos a Argentina, pero a mi padre le surgió un trabajo en Uruguay y a los pocos meses nos vinimos a Montevideo.

—Viviste esa partida con angustia.

—Con angustia. Lloré mucho por haber abandonado a mi perrito, a mis amistades. Al principio estábamos como resentidos con mi padre. No nos dábamos cuenta de lo que significó ese acto, casi heroico, pues nos salvó la vida. Tengo recuerdos de las compañeras mías de ese liceo judío, que fueron asesinadas en campos de concentración. Sentíamos nostalgia, el desarraigo, el haber dejado todo. Es que fue mi niñez y mi adolescencia. Íbamos a esquiar, patinábamos, hacíamos paseos en el lago, veraneábamos en el mar, la riviera, en lugares soñados… y de pronto, la ruptura, el vacío. Pero tengo que decir que desde el primer momento nos enamoramos de Uruguay. Porque una cosa no excluye a la otra. Y te cuento una anécdota: cuando vinimos en el barco, en el Augustus, y llegamos a Montevideo, quisimos mandar una tarjeta postal a la familia. No teníamos plata uruguaya y a un señor cualquiera, que estaba allí, le preguntamos dónde se podía conseguir dinero. Y este desconocido de la calle le dio la plata a mi padre para comprar la estampilla. ¡Y ese fue nuestro primer contacto con Uruguay!, de verdad muy lindo.

"Subiendo la escalera"

—¿Cuándo empieza la formación en pintura?

—Yo siempre dibujaba. En cierto momento, no recuerdo cómo, fui a parar al taller de Pierre Fossey, que recuerdo estaba en la plaza Independencia, con una vista muy linda. Él era una persona amable y también muy buen dibujante. Luego participé en una muestra en la Galería Moretti y Eduardo Vernazza hizo una crítica de la exposición en el diario *El Día*. Me gustó ese texto y fui a hablar con él. Y fue así como empezó a darme clases en casa. Tengo un montón de dibujos de sus manos, su figura, su silueta, su cara también. Me posaba y me corregía; yo creo que le debo mucho. Y eso fue hasta que me casé en el año 46. La primera obra, que está expuesta ahora en el museo, es de 1944.

—¿Tu padre esperaba que te dedicaras a tareas hogareñas o a alguna profesión liberal?

—Yo simplemente quería elegir una carrera y estudiar. Pe-

▶

ro jamás me llegaron los papeles de Italia y entonces iba como oyente a la Universidad de Mujeres, siempre con la esperanza de seguir. Pero se dieron varias circunstancias. Me enfermé con bastante gravedad, tuve varias pulmonías y una pleuresía. Yo creo, deduzco ahora por el tratamiento que me hicieron, que mi médico sospechó tuberculosis. Tuve una convalecencia muy larga. Dibujaba y después hice el profesorado de inglés. Luego conocí a Rafael (Kohen), su familia era vieja conocida de la nuestra en Italia. Él vino a Montevideo por asuntos de trabajo. Nos conocimos, después nos tratamos, nos ennoviamos, nos casamos y fuimos a vivir a Buenos Aires en el año 46. Volví en 1947 a Uruguay para tener aquí a mi primera hija. El motivo era que, de ser varón, no tuviera que hacer el servicio militar. En Buenos Aires frecuenté al taller de Horacio Butler. Él pintaba también durante las clases, corregía, enseñaba teoría del color.

—Fossey, Vernazza, Butler dibujaban y pintaban con modelos del natural (sea personas, edificios o paisajes). ¿Te ofrecían conocimientos de las vanguardias que estaban teniendo lugar en Europa?

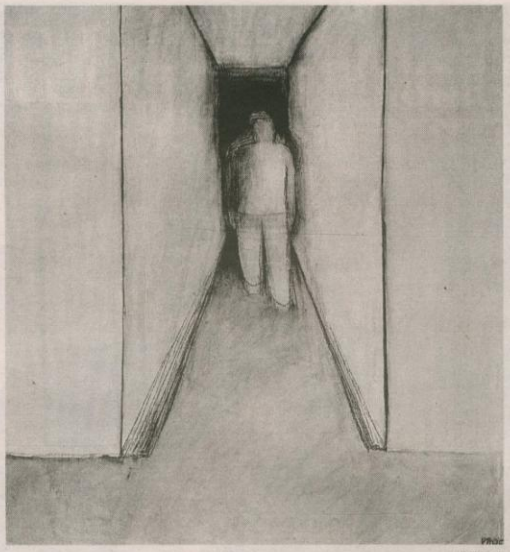
—Sí, pero ellos estaban en otra tradición, totalmente figurativa. El único peligro, me decía una querida amiga, Sofía Sazzai, excelente pintora, era el asunto del blanco: "cuidado con el blanco", decía, porque Butler unía mucho con el blanco. Pero era muy riguroso. Un día que lo fui a visitar vi que tenía unos cuadros sobre los clásicos, como tantos pintores que recurren a ellos como modelo. Unos cartones maravillosos, y me dijo que los iba a destruir porque no eran serios.

—¿Se enseñaba teoría en esas clases?

—Se charlaba mucho. Recuerdo el apartamento de Butler sobre la plaza en la calle Arenales, largas conversaciones tomando café. Él escribía, también. Había escrito un libro sobre un pintor que cuando consigue el éxito y empiezan a acosarlo comercialmente por cuadros que no son los verdaderos, termina suicidándose.

—¿La maternidad te alejó de la pintura?

—Hasta que nació mi hija yo me pasaba todo el día en el Círculo de Bellas Artes de Buenos Aries dibujando y pintando modelos, desnudos al natural. Fue una época muy linda, yo era muy constante. Cuando tuve a Martha es posible que por un tiempo haya pintado menos, pero la dibujé a ella de bebé, chiquita. Nunca perdí el contacto. Volvimos a Montevideo en el 48 y ya en el 49 entré al Taller Torres. Fue un gran cambio, una cosa muy distinta. Estuve con *(Julio Uruguay)* Alpuy, un año entero de dibujo sin dejarme tocar los colores. Sólo dibujo. Una disciplina férrea. Había un clima casi religioso en el taller. Porque además todos ellos, *(Gonzalo)* Fonseca, *(Jonio)* Montiel, *(Francisco)* Matto, se



"Rafael"

parecían hasta en lo físico. Vestían ropas oscuras, eran muy serios, muy altos, medio encorvados. Había un ambiente que daba hasta un poco de temor o de timidez, aunque con los años me hice muy amiga de Alpuy. Pero no era yo sola, lo sentíamos en general

> "La vida es corta, tomamos un camino en vez de otro, ¿por qué? Tengo un recuerdo de niña. Todos los domingos salíamos en coche cerca de Milán y pasábamos por la carretera; de repente por la derecha yo veía que se abría un camino y me preguntaba ¿qué habrá allá?, ¿por qué no podremos también conocer aquello?"

con los compañeros. Era un ambiente muy respetuoso, no había frivolidad.

—Luego Augusto Torres comienza a enseñar...

—Pero por muy breve tiempo. Augusto no quería, y creo que hizo muy bien. Yo veo que muchos de los grandes pintores que tenemos, dedicándose a la enseñanza van perjudicando su trabajo, principalmente por el tiempo que les insume. Y Augusto era un gran pintor. En su factura pictórica podía llegar a ser superior a don Joaquín *(Torres García)*. No fue el creador de una teoría, pero era un gran pintor. Y se fue y dejó a *(José)* Gurvich. Gurvich era chispeante, siempre con algo nuevo, muy divertido, con ganas de probar cosas. Cuando después no hubo más clases en el Ateneo, fuimos un grupo de personas al Cerro a trabajar con él. Esto sucedía en los inicios de los años cincuenta.

—A mediados de esa década dejaste de pintar, ¿por qué?

—Dejé de pintar unos cuatro años cuando murieron mi padre y mi abuela materna. Los dos eran no sólo muy queridos sino muy fuertes, pilares de mi vida. No sé por qué dejé. Nunca fui a un psiquiatra pero se me ocurre que me estaba castigando. Y cuando volví a pintar era diferente, me salió otra cosa. Mi madre murió en el año 1998, pocos meses le faltaban para tener 103 años y pocos años para vivir en tres siglos distintos.

—¿Cuál es el secreto de tal longevidad?

—Bueno *(ríe)*, comía mucha verdura cruda, pero sobre todo llevaba una vida muy ordenada. Tuvo dolores tremendos, así que no puedo decir que haya sido por tener una vida buena o fácil. Vivió dos guerras mundiales. Perdió a su hijo y cuando era joven a su único hermano, en el año 1933. Y desde ese momento su madre, mi abuela, vivió de luto.

—¿Cómo vivieron el nacimiento del Estado de Israel? ¿Pensaron en algún momento ir a vivir allí?

—No, nunca. Acá jamás sentimos antisemitismo, y en Italia sólo por Mussolini, no por los italianos. Nuestros amigos nunca nos hicieron sentir diferentes.

—¿Y como artista, cómo te parece que han valorado el hecho de que seas mujer, de origen judío y de clase social alta? ¿Crees que en líneas generales eso te favoreció o te desfavoreció?

—No sé si me desfavoreció. Pero me da la sensación que eso pudo jugar en que alguna gente me viera como "una señora que pinta", lo mismo que si jugara al *bridge*. Pero la crítica ha sido en general buena, aun cuando hubo períodos en que me ignoraron.

—¿Cuándo comienzan las exposiciones individuales?

—En 1971, en la Galería Moretti, pensé que ya podía mostrar algo. Era pintura muy blanca y Augusto *(Torres)* me dijo, porque siempre una le mostraba las cosas, "algún día lo van a llamar tu período blanco".

—La figura humana estuvo desde entonces presente.

—La figura humana me gusta, siempre. Pero yo pintaba en el taller muchas naturalezas muertas y retratos, y fue recién en 1976 que sentí que algo estaba pasando que no era bueno. "Mi vida así no va a durar", pensé. Y pinté una serie que llamé **Las horas**. Pinté un día de mi vida: la luz que provenía de la ventana, el desayuno, la visita a mi madre, el llamado por teléfono. Y creo que fue la primera serie. Luego seguí con ese sistema de pintar por series. De pronto me vi sosteniendo una taza y pensé, "eso de ver así mi brazo... lo veo sólo yo, soy la única persona que lo puede pintar". Y pinté la serie **Soledades**, que ahora está expuesta en buena parte.

—Las habitaciones vacías, el cuerpo fragmentado: da la impresión de que la soledad es un hilo conductor de tu obra.

—Sí, *(Jorge)* Abbondanza me sugirió el título **Sola** para esta muestra. Me gustó. Yo le iba a poner otro nombre: "Entonces". Yo pensé que "Entonces" se podía referir al pasado, en el sentido de "entonces sucedieron tales cosas" o al futuro: "¿y entonces, qué?". Me interesó poner un 25 por ciento de obra actual y lo demás fue elegido para que fuera casi una introducción o una especie de hermano de lo nuevo, algo que estuviera dentro del mismo clima. Pero tú sabes que una muestra es otra obra. Es la obra de un curador. Y Jorge para mí es un genio y un amigo al que tengo mucha admiración y cariño. Yo tenía otro recorrido para la muestra, muy distinto, pero estoy encantada y lo dije públicamente, de verdad le dio un realce a la obra. Es un hombre de un gran buen gusto, muy refinado. Y decidí que cualquier cosa que el decidiera, sería.

—¿Cómo llegan los temas de tu pintura?

—¿Eso cómo se puede saber? Yo creo que llega estando en el taller y de repente, no sé cómo, mirando, pintando.

—¿Realizás bocetos previos?

—De algunos cuadros sí. Otros toman su camino solos, como los seis personajes de Pirandello. Se empieza pensando una cosa, se transforma en otra y zafate, ahí está la idea. Se van encadenando o ya están encadenados, incluso de una serie a la otra. O bien, simplemente, mirando. A mí me gustan mucho las caras. Pienso en dibujar esa cara y luego queda quizás distinta, otra persona que sugiere otra posibilidad.

—¿Has pintado muchos retratos, de tu familia, por ejemplo?

—Sí, he dibujado mucho. Aunque desde hace un tiempo que no lo hago. Rafael me preguntó un día por qué nunca le había hecho un retrato. Y se me ocurre que fue una vez, cuando era muy joven, él estaba dormido y lo dibujé. Luego me dijo: "Parezco muerto". Me vino tanto miedo que rompí el dibujo.

—¿Qué ofrece el acto de pintar, qué lo motiva?

—Es algo insustituible. Como respirar. Yo no puedo estar sin pintar. Y la palabra posiblemente sea... que me justifica. Ahora estoy sola. En este momento no tengo responsabilidades diarias ni de criar ni de cuidar, algo que hice por muchísimo tiempo, con mi madre y con mi marido. ¿Y entonces qué? Entonces pinto y justifica mis días, el placer que siento y la esperanza de que quizás cause placer en otros. Es un motivo de vida, creo.

—La lectura también influye en ese proceso.

—Yo creo que sí. Pero te cuento que hoy leo demasiado poco. Para leer bien se precisan muchas horas, para llegar a fondo. Si leo mucho me canso y le resto tiempo a la pintura.

—¿Qué pintores te gustan como modelos a seguir?

—Prefiero la figuración... pero siempre hay abstracción, si no, no hay arte. A mí me gusta mucho, mucho, *(Édouard)* Vuillard: siempre me emociona. Todo lo mío está relacionado con el tiempo. Y ellos, Vuillard, *(Pierre)* Bonnard, fijan el momento. Y en cierto sentido es lo que hago, querer detener el ahora. Recuerdo haber ido a las conferencias de Borges sobre el tiempo... siempre el tiempo. Como decía Goethe, si pudiéramos decirle al tiempo "¡Detente, instante, eres tan hermoso!". Yo estoy llena de libros, y de vez en cuando tomo uno. Ayer, por ejemplo, fui a casa de Eva *(Olivetti)*. Hablamos mucho. Sacamos un libro sobre *(Sandro)* Botticelli. Mirás algunos de los maestros y es un goce constante y te enamorás en el momento de ese pintor, ¿no te pasa? Y más te metés en su pintura y más te gusta.

*—Te preocupa el tiempo pero también has incursionado en experiencias como **Laberinto** o **El gran biombo**, donde el espacio y la pintura en el espacio cumplen un rol importante.*

—Claro, pero el laberinto es la duda existencial. Es el misterio. También está en la serie de pequeños formatos que titulé **Hay varios caminos**, son 68 cuadros. La vida es corta, tomamos un camino en vez de otro, ¿por qué? Tengo un recuerdo de niña. Todos los domingos salíamos en coche cerca de Milán y pasábamos por la carretera; de repente por la derecha yo veía que se abría un camino y me preguntaba ¿qué habrá allá?, ¿por qué no podremos también conocer aquello? Es una necesidad que tenemos todos los seres humanos de desear abarcar más, o disfrutar de lo que tenemos al máximo.

*—**Sola** se titula esta muestra, alude también a la pérdida de tu marido.*

—Decididamente. Tengo un par de cuadros que los veo y sigo llorando. Uno se llama "He dormido sola", y dos son de Rafael entrando en un lugar a oscuras. Tuve un compañero por 60 años. No es fácil.

—La pintura ayuda.

—Sin duda. Y te cuento que él me ayudó enormemente con la pintura. Desde el principio. Con decirte que, como se puede ver en el catálogo, me tomaron una foto en la que se me ve pintando en viaje de boda.

—¿Y entonces? Luego de esta muestra, ¿qué sigue?

—Yo creo que, como dijo Torres, de vez en cuando hay que volver a la naturaleza y estudiar. Porque finalmente es el placer que te da descubrir un paisaje, una luz, una sombra, y hacerlo bien. Es muy grande eso. ■